

GORDON R. DICKSON  
**AL ESTILO EXTRATERRESTRE**

SUPER  
FICCIÓN



La posibilidad del espionaje electrónico mediante detectores implantados en el cerebro de un general enemigo: tal es el tema sugerido por Dickson en esta novela, diez años antes de Watergate y las portentosas revelaciones sobre la CIA yanqui. Tenemos aquí otra muestra de la capacidad prospectiva de los escritores de ciencia ficción. Pero la novela es mucho más que eso. El choque entre dos culturas, entre dos modos diferentes de entender la vida (no importa que uno de ellos sea el extraterrestre) jamás había sido analizado con tanta profundidad psicológica. Nacido en 1923, el canadiense Gordon R. Dickson inicia su carrera literaria en 1950, escribiendo en colaboración con Poul Anderson. El tema de la guerra interplanetaria es de los que ha cultivado con más asiduidad, mereciendo el premio Hugo 1965 por «Soldier ask not», perteneciente al ciclo de los Dorsai. Sin embargo, en nuestra opinión es en «Al estilo extraterrestre» donde supera el planteamiento meramente militarista.

# 1

Dando vueltas sobre el lecho, y dormido, Jason Barchar se colocó de modo que el peso de la cabeza vino a descansar sobre el lado derecho de su cráneo bajo el cual se había implantado el receptor. El área estaba todavía tierna, incluso dos meses después de la operación, de modo que giró un poco más hasta que quedó casi sobre su estómago y siguió soñando con los osos.

Soñaba que estaba de nuevo en la ladera de una colina en las montañas Rocosas del Canadá, donde estuviera en realidad seis años antes. Yacía muy quieto bajo el sol de primavera, con los prismáticos de gran potencia ante los ojos, contemplando un pequeño valle natural en el que sólo crecían unos cuantos abedules y abetos. Los tallos rotos y resecos de la hierba que no sobreviviera al invierno, y que aún perduraban entre la recién brotada, le arañaban las muñecas allí donde las mangas de la chaqueta no le protegían la piel, y tenía los codos doloridos por el contacto con las rocas bajo la húmeda superficie de tierra; pero ni siquiera lo advertía. Allá abajo había unas dos docenas de osos, y la furia de las batallas primaverales del apareamiento los dominaba. Los cachorros, negros o castaños, ya estaban casi todos en los árboles, y las hembras retrasaban el paso. Pero justo a los pies de Jason, en aquel campo de batalla que era una extensión de hierba, dos machos se atacaban de pie sobre sus patas traseras, los cuellos arqueados como serpientes y las cabezas adelantadas en gesto de cólera.

Estaban enfrascados en su rabia. Echado en la ladera no le veían, como tampoco veían a las hembras que se rezagaban ni a los cachorros subidos a los árboles; tampoco les importaba. Para cada oso no había más que el adversario que se enfrentaba con él. Se mostraban casi ceremoniosos y totalmente sinceros en sus avances y retrocesos pesados. El corazón de Jase latía a su mismo ritmo. Eso había hecho de él un naturalista, lo que, como todo trabajo importante, era en realidad un modo de pensar y no sólo la aplicación de los conocimientos aprendidos en los libros, según la gente que, pensando de ese modo, no comprendía cosas tales como la lucha primaveral de los osos.

La gente creía que el ansia de luchar, la lucha misma con su triunfo o derrota, era una simple cuestión de instinto automático, de reflejos simplistas. Pero no era así. Había costumbre en ello, y un complejo de experiencia que esperaban por parte de cada combatiente. Se exigía de cada oso deseo y decisión. Y había también esperanza y temor, y la necesidad de distinguir una baladronada de una amenaza auténtica. Muchos factores entraban en cada situación de lo que tenía lugar en el valle, en cada combate..., y jamás dos combatientes eran iguales a otros.

De modo que Jase, dormido ahora, soñaba que observaba y aprendía de los osos. Mientras tanto, el zumbido de los insectos en su sueño se mezclaba con el zumbido del aparato acondicionador de aire en la ventana de su dormitorio y en la ventana de la salita, más allá. Todo el apartamento de muros de ladrillo, en aquella noche calurosa y húmeda de junio, era como un refugio totalmente aislado de la vida nocturna de Washington capital, más allá de sus muros, donde los coches circulaban toda la noche sobre el asfalto brillante, cruzando los semáforos y pasando ante los anuncios luminosos de los restaurantes.

En el silencioso apartamento nada se movía. El acondicionador de aire zumbaba. El dormitorio estaba en sombras. La luz distante de un farol de la calle penetraba débil-

mente entre las cortinas corridas y proyectaba en el muro fronterizo, más allá del lecho, dos rectángulos borrosos y fantasmales. En ocasiones parecían a punto de fundirse, tan inseguros y pálidos eran.

Las ropas de Jase estaban echadas sobre una silla junto a la cama. Bajo ésta, la alfombra era un charco de oscuridad que se prolongaba hasta la puerta abierta y pasaba por ella al espacio más amplio que era la sala. Allí los muros estaban iluminados por otras tres ventanas fantasmales. La luz difusa dejaba ver unos estantes de libros y una caja de cristal llena a rebosar de pieles de pequeños animales, cuidadosamente cosidas, preservadas con bórax y clasificadas. Vencidas por aquellos muros invisibles de cristal como los osos estaban vencidos por los instintos y deseos invisibles. En las librerías, que cubrían los muros de la habitación desde el suelo al techo, la luz que penetraba entre las cortinas apenas permitía ver algunos títulos: P. Chapin, *Preparación de las pieles de pájaro para su estudio*; H. Hediger, *Wildgere in Gefangenschaft*; K. P. Schmidt, *Corolarios y comentarios al clima y la evolución*; páginas de revistas recordadas y encuadernadas; W. K. Gregori, *Surgimiento de la evolución...*

Sobre la mesa llena de papeles y en sombra estaba también el cheque, todavía sin cobrar, extendido a nombre de Jason Lee Barchar por la Sección para el Estudio de la Vida Salvaje del Departamento del Interior de los Estados Unidos, de reciente formación. Era un cheque de media paga, ya que Jase había disfrutado de permiso sabático los dos últimos meses. Bajo el cheque había una tarjeta de cumpleaños, que ya llevaba allí dos semanas, y en la que podía leerse: «Sin la menor disculpa para con A. A. Milne: *Felicísimo cumpleaños. Con cariño, Mele*».

Aislado en la oscuridad, el apartamento dormía... todo en él excepto el receptor, el diminuto microvideo implantado bajo el cráneo de Jase y cuyos alambres, finísimos como cabellos, penetraban en ciertas áreas de su cerebro. Insom-

ne y en absoluto aislado, el receptor estaba conectado mediante un canal impecable e invisible de espacio a un frío y oscuro fragmento de fabricación terrestre, tan distante que ahora empezaba a ser alcanzado por la misma luz que brillara sobre aquellos condenados en los Juicios de Brujas de Salem en 1692.

Muy cerca, aproximándose —aunque él no lo sabía— hacia aquel fragmento, y en una nave apenas mayor que una lancha de motor de diez metros, venía otro soñador. Un soñador que jamás había respirado el aire primaveral de las montañas, ni el ambiente húmedo de una noche de Washington, ni la atmósfera terrestre. Las muestras de piel conservadas para su estudio, los libros de nuestro mundo, los anuncios luminosos de los restaurantes, le habrían resultado totalmente ininteligibles. No habría podido comprender tampoco la tarjeta de cumpleaños, ni mantenerse con aquel cheque firmado, ni se habría sentido interiormente agitado por aquella batalla de los osos.

Sin embargo, también él soñaba. Estaba sentado con las manos apoyadas en un tablero cubierto de clavijas y conmutadores. Las manos, como el cuerpo, estaban cubiertos de pelo espeso y negro. Pero su carne era cálida. Un fluido vital, impulsado por un órgano semejante al corazón, fluía por las venas de su cuerpo renovado por el oxígeno de una atmósfera que también Jase hubiera podido respirar.

Su mente obedecía a sus propios impulsos. Sentía calor y frío, deseos y temor, y la necesidad de tomar decisiones. Había valor en él; y esperanza.

Y ahora, al aproximarse a aquel fragmento cuya existencia ignoraba, y lo mismo que Jase en el silencio sólo cortado por un zumbido de su apartamento de Washington, el otro soñaba también. Soñaba con un palacio blanco, de varios pisos bajo la superficie y sólo tres por encima de ella, y recibiendo la luz de una estrella todavía no descubierta. Y allá, en el piso superior, las madres de sus hijos, y sus hi-

jos..., erguidos, fuertes y honorables, y soñando como él soñaba ahora.

Pero él soñaba despierto. Y su sueño consistía en la Fundación de un Reino.

## 2

... Y así sucedió que, antes de que Jason despertara, Kator Primosegundo, que viajaba por una parte de Cefeo, anotaba en sus cartas de navegación como 47391L, pero a la que el durmiente habría llamado *Ursae Minoris* o *Polaris*, la Estrella Polar, se vio bendecido de pronto por ese Factor Suerte que todos buscamos.

Inmediatamente —ya que aunque fuera simplemente un Primosegundo era de la familia de Brutogas— aprovechó la oportunidad que se le ofrecía y ajustó los controles. Ante él se hallaba la posibilidad de Fundar su Reino. Así pues, se lanzó a hacer planes con todo cuidado y rapidez. Captó con un rayo transmisor aquel artefacto que vagaba por el espacio y que le ofrecía el Factor Suerte. Era un hermoso artefacto, incluso en su estado fragmentario, y unas cinco veces mayor que la nave exploradora de dos plazas en la que él y Aton Tiomaterno, de la familia Ochadi, habían estado haciendo un viaje rutinario de recogida de muestras y restos por toda la galaxia.

Kator lo enfocó exactamente en el centro de la pantalla visora y se echó atrás en su silla de piloto. Un muro de contención de brillante superficie, a la izquierda de la pantalla, le devolvió su propia imagen, y él se retorció pensativamente los bigotes tiesos de gato en el rostro de forma casi triangular, y meditó satisfecho en la situación con toda la velocidad que su prudencia le aconsejaba.

Nunca una situación habría sido más conveniente. Aton Tiomaterno no estaba siquiera relacionado por vínculos

matrimoniales con la familia Brutogas. Ciertamente que él, como los Brutogas, era en política del partido Hook y no de los Rod. Pero, por otra parte, las posibilidades en contra de que un Factor Suerte como éste se presentara a dos individuos en una investigación científica eran astronómicas.

Ello cancelaba automáticamente todos los Deberes y Convencionalismos Habituales. Aton Tiomaterno —de haber sido simplemente un observador de la situación y no el otro único miembro de la tripulación— habría aprobado por supuesto la intención de Kator de integrar positivamente el Factor Suerte en su propia vida. «Además —se dijo Kator observando su propia imagen en la brillante superficie y acariciándose los bigotes de gato—, yo soy joven y tengo mis mejores años por delante».

Se levantó de la silla del piloto, desconectó la grabadora interior de la nave y extendió las garras casi ocho centímetros al extremo de unos dedos cortos y gruesos. Volvió al departamento en que ambos dormían, tras la sala de mandos. En una nave más grande, esa puerta nunca habría estado abierta. Pero en una tan pequeña como ésta, los exploradores habían de llevar a cabo su trabajo sin el beneficio de un Hombre Clave. Aton dormía en la litera inferior, de espaldas a él.

Con la mayor destreza, Kator hundió las garras en la espina dorsal, en la base del cráneo redondo y cubierto de pelaje negro de Aton. Éste suspiró y quedó inmóvil. No había sentido nada, de eso estaba seguro Kator. El golpe había sido rápido y certero. Sacó el cuerpo pesado de la litera, lo llevó tiernamente a la cámara de presión de aire y lo lanzó a la amplitud del espacio exterior. Volvió a la grabadora, la puso de nuevo en marcha e informó del hecho de que Aton se había lanzado violentamente contra él sin previo aviso en un ataque de locura, desconectando involuntariamente la grabadora en el impulso de su ataque. Como Kator le opusiera resistencia, Aton había enloquecido, sal-

tado a la cámara de presión de aire, y se había suicidado arrojándose al vacío exterior.

«Era cierto», pensó Kator con gratitud, reflexionando en sus antepasados al terminar de grabar el relato. «Mientras otros piensan, yo actúo», había sido el lema de los Bruto-gas originales. Kator se acarició los bigotes, agradecido a sus antepasados.

Se colocó el equipo espacial. Poco después de una hora según el equivalente del tiempo del pueblo de Kator, que se llamaban los ruml, éste había unido con una cuerda magnética el casco del artefacto dañado sin duda por una explosión y, cubierto por el traje espacial, iba avanzando lentamente por esa cuerda hacia el casco. Lo alcanzó sin dificultad y se puso a explorar el descubrimiento a la luz del reflector que llevaba unido al traje espacial.

Evidentemente, había pertenecido a un pueblo muy parecido al de Kator. Las puertas eran de tamaño normal para él, y en sus asientos podría haberse sentado Kator con toda comodidad. Por desgracia, la mayor parte del material original de lo que era indudablemente una nave espacial había quedado destrozada por una explosión del campo de reducción que la destruyó casi por completo. Lo cual era importante, muy importante, ya que el sistema de conducción más rápido que la luz, utilizado por el pueblo de Kator, también seguía la teoría del campo de reducción del universo, y con un campo magnético semejante a éste, que, al explotar, había dejado unas manchas con los colores del arco iris en los muros ruinosos del artefacto.

Naturalmente, casi todo lo que no quedó destrozado a bordo del artefacto fue lanzado al espacio como resultado de la explosión... Pero no todo, descubrió Kator. Encontró una especie de maletín de mano, con un asa semicircular, encajado entre las patas de uno de los asientos. Kator lo sacó de allí y lo llevó a su nave con él.

Después de hacerle las pruebas de seguridad rutinarias, procedió a abrirlo. El descubrimiento era magnífico. Varios

modelos de lo que parecía ser algo para cubrir el cuerpo, fabricados todos de una pieza, de un material sólido y fino, como un arnés capaz de cubrir el cuerpo entero, si es que algo así resultaba concebible. Pero no había en él gancho alguno para colocarse honores ni armas. Sin embargo, sí había honores de varias formas y diseños, de metal, en la caja; generalmente en forma de anillo, y de un tamaño que sin duda sería adecuado para colocarlo en los dedos o en los brazos. Y también lo que era evidentemente un utensilio de escritura, de suave cera roja, con una punta afilada y un dispositivo para proyectarlo de su caja.

Metidos en un fino material envolvente de propiedades semejantes al plástico y de construcción evidentemente artificial, había dos contenedores de forma extraña que tal fueran protectores para los pies. Todavía había tierra adherida a su parte inferior y Kator se quedó sin respiración al descubrirla. Desprendió la tierra, se la llevó a un microscopio y la examinó cuidadosamente.

El Factor Suerte no le había fallado. Entre aquellos terrones secos descubrió y separó una forma diminuta y seca: el cuerpo de una criatura orgánica y muerta.

Era un gusano muy semejante a la forma primitiva de los gusanos de su mundo.

Kator lo alzó cuidadosamente de la suciedad con unas pinzas y lo encerró en un pequeño cubo de material transparente y preservativo. «Esto era suyo», se dijo, metiéndolo en la bolsa que pendía de un arnés. Quedaba mucho material en el resto del artefacto para que los examinadores trabajaran sobre ello allá en su mundo, a fin de descubrir la procedencia de la raza que construyera el artefacto. Esta pequeña forma, la raíz de su futuro Reino, la conservaría siempre con él. Y si el Factor Suerte seguía asociado con la situación, podría utilizarlo...

Kator marcó su posición y la dirección de vuelo que el artefacto había estado siguiendo cuando lo viera por primera vez. Entonces se dirigió, con el artefacto, a la zaga ha-

cia el Mundo Ruml, y se echó en la litera de Aton para un descanso bien merecido.

Al sumergirse en el sueño empezó a recordar algunos de los otros vuelos que él y Aton habían realizado juntos en esta misma nave de exploración, y el arrepentimiento se apoderó de él como un dolor profundo, hasta que las sombras del sueño vinieron a suavizarlo.

No habían estado emparentados, desde luego, ni siquiera por el matrimonio de unos parientes muy lejanos, Pero había llegado a sentir una profunda amistad por aquel ruml más viejo que él, y Kator no era de los que hacen amistad con facilidad.

«Ahora bien —pensó al sumergirse hasta lo más hondo en el pozo del sueño—, cuando nos llama un Reino, ¿qué puede uno hacer?»

### 3

El hombre que dormía se despertó y se encontró llorando. Por un momento continuó echado sin moverse, el rostro hundido en la almohada contra la cabecera de madera de arce de su lecho en la habitación en sombras. No podía apartar de su mente el hecho de que Aton estaba muerto, de que él lo había matado.

Luego, gradualmente, el zumbido continuo y reconfortante del acondicionador de aire empezó a mezclarse con el recuerdo de Aton. La blandura de aquello que era la almohada junto a su rostro, la superficie plana que era el colchón bajo su cuerpo horizontal, empezaron a manifestárs-ele como cosas que podía reconocer y pertenecientes a un lugar que nada tenía que ver con el espacio vacío, ni con un artefacto, ni con la Fundación de un Reino. El recuerdo de otra vida cobró vivencia allá en el fondo del cerebro del durmiente e invadió de nuevo su consciencia. Secándose el rostro con la fina sábana que le cubría, se incorporó en el lecho.

Estaba en su propia habitación. En la mesilla de noche, junto a él, las cifras luminosas y amarillentas del despertador brillaban en el círculo de oscuridad que era la esfera. Era la una y veintitrés minutos de la madrugada. Extendió la mano buscando a tientas la forma negra del teléfono detrás del reloj. Sus dedos, torpes por el sueño, derribaron el auricular de su base antes de haberse cerrado sobre él. Pero se lo acercó al oído, enfrentó el aparato a la luz débil de

las ventanas y marcó el número de Mele. Sonó, sonó otra vez.

—Diga —era su voz, cargada de sueño, que respondía de pronto.

—Mele —comenzó, y parecía que a la garganta le costaba modular la voz—. Soy yo, Jason. Estoy agotado. He establecido contacto ahora mismo, mientras dormía.

—Jase. —Era como si captara lentamente la información al otro extremo, y vaciló por un instante. De pronto se oyó su voz más fuerte—: ¿Jase? ¿Estás bien, Jase?

—Sí. —Se secó el rostro con una mano temblorosa y torpe e inspiró profundamente. Era ridículo sentirse de este modo y en estas circunstancias. Pero así era como se sentía.

—Tu voz suena extraña, Jase. ¿Estás seguro de encontrarte bien?

—Sí —repitió—. Sólo se trata de algo que sucedió al otro extremo. Eso es todo.

—¿Qué fue?

—Te lo diré más tarde. —Ya recuperaba el dominio de sí mismo. Incluso a sus propios oídos, su voz sonaba más controlada y fuerte, más sensata. Más oficial—. Me vestiré inmediatamente e iré a la Fundación. ¿Quieres llamar a la Junta?

—En seguida. Ahora ya parece estar mejor.

—Me siento mejor —dijo él—. Me vestiré y haré el equipaje. Saldré dentro de unos quince o veinte minutos. Cogeré un taxi. ¿Quieres que te recoja de camino?

—Sí, por favor. —La voz que le llegaba ahora era una voz cálida, alegre, más despierta ya; y a él le gustó mucho—. Llamaré a los de la Junta y te telefonaré otra vez en cuanto lo haya hecho. Hasta ahora, cariño.

—Adiós... cariño —contestó, y oyó cómo ella colgaba el teléfono.

También él colgó y se levantó de la cama. De pie y cubierto sólo con los pantalones del pijama, en la habitación

oscura, sintiendo el suave contacto de la blanda alfombra bajo los pies y la brisa del acondicionador de aire refrescándole el pecho cubierto de sudor, se despertó por completo.

Pulsó el aplique de la mesilla de noche que encendió todas las luces del dormitorio. Con aquel brillo repentino y amarillento, el lecho desordenado y los muros familiares parecieron saltar hacia él con una brusquedad extraña. Agitó la cabeza para librarse de la última sensación de estar en la mente de Kator Primosegundo, pero no tuvo éxito. Cogió unos calzoncillos y una camisa de manga corta del cajón inferior y cruzó la puerta del cuarto de baño, frente a la sala de estar, que aún seguía en la oscuridad.

Se duchó y el agua caliente le reanimó. Empezaba —y ahora se hallaba lo bastante despierto para sonreír ante la idea— a sentirse humano de nuevo. Salió de la ducha, se enjabonó el rostro y se afeitó. Iba olvidando ya que sólo era un zoólogo normal, de veintitantos años y muy apegado a la tierra.

Pero el enjuagarse el rostro volvió la sensación de *shock*. Y con éste el temor que tratara de simular que no existía. Alzó el rostro goteante del agua del lavabo y se enfrentó súbitamente a la profundidad del espejo, las lámparas fluorescentes a cada lado iluminándolo con crudeza. Y, por un segundo, no lo reconoció.

No sólo le resultaba desconocido, sino que le era tan extraño como el de un animal al que jamás hubiera visto.

El rostro que veía era delgado y moreno, alargado y de huesos estrechos. Unos huesos muy finos para un cuerpo de tal estatura; y la piel tostada por la vida al aire libre que era parte de su trabajo como zoólogo y naturalista. El pelo negro, desordenado ahora, caía rizado sobre una frente despejada de la que ya empezaba a retirarse ligeramente. Bajo esa frente, las cejas eran negras y rectas, como los barrotes de una verja.